

CORDOBA LITERARIA 4

Levy
11

COMUNICADOS

- Pueden enviarse trabajos para publicar en CORDOBA LITERARIA, no excediendo los mismos de 6 páginas tamaño oficio.
- FRANCISCO COLOMBO obtuvo el Primer Premio (Gran Diploma de Honor y Medalla Recordatoria) en el Concurso Literario organizado por HELVECIA -Plaza Cagancha 1356 Pl Montevideo URUGUAY- Trabajo presentado: "La misión de la Prensa y un ejemplo de dignidad periodística en América."
- LAUREL -hojas de poesía- organiza un Concurso. Para informes: Salta 51 Córdoba.
- La SADE filial Córdoba ha anunciado un interesante Concurso de prosa y poesía para residentes en Córdoba. Pueden solicitarse las bases a CORDOBA LITERARIA.



R00059137

edgar a. etkin

CORDOBA LITERARIA

4

lamadrid 482 cordoba argentina

por rota fax tucumán 131 dto 1 cordoba

6 1 7 3 5 8

BIBLIOTECA NACIONAL

DONACION

De Juan Mathi

Fecha: 12-01-2024

mayo 15 de 1959

CORDOBA LITERARIA

impreso en rotaprint



LA GOTA DE AGUA

Un gran tapón negro ocultaba el más allá del laberinto, hasta que se desprendió, y adquiriendo patas -en veloz carrera- fue atravesando el terreno. Se abrió al espacio, la vizcachera quedó desnuda y la imagen circular se fue transformando en sombras.

El campo se extendía entre la noche poblada de lúgubres susurros. Dos charatas saltaban entre los guadales, y una zorra, agazapada, horizontal, hendió la oscuridad con un mohín agudo

Teófilo Almada, de a caballo, avanzaba hilvando zambas entre gárgaras de ginebra. Desde la densidad del ámbito, rodaron los truenos, y una manotada de ocres se desparramó como una jaculatoria.

Los pastos pobres sentían que las pezuñas del pingo transmitían algún duro mensaje de soledades y secretos rematados en el trote.

En las orejas del criollo aún crujía la jarana del boliche, en aquel rincón de Choro Moro. Una espesa saliva le iba empapando la chala que nunca terminaba de acomodarse entre sus labios resecos.

El verano se anunciaba en la sed nueva que hacía chasquear la lengua a cada instante, en la profusión del polvo, de la tierra fina que cubría el monte. Almada lo iba penetrando sin apuro, y las enredaderas estrangulaban aquí y allá a las tipas que se defendían con sus dedos espinosos. La colina, cubierta de algarrobo y quebracho, ocultaba una sinfonía de flora y fauna, pujante, misteriosa. Pudo oír al puma, y sus sentidos escudriñaban recelosos el posible tropiezo con alguna coral o

casabel. Lo que no conocía era el miedo a los aparecidos. Esa incredulidad le terminó por crear una atmósfera de desconfianza entre los del poblado. Hasta se llegó a sospechar que tendría tratos con mandinga.

Su mujer le reprochaba aquella indiferencia, y desde la muerte de su hijo apenas nacido, casi no existían palabras entre ambos. Vivían cada uno encerrado en su silencio y su rabia. Primitivos. Rudimentarios. Ella, transformada en un páramo. El con la razón restallante como un perpetuo latigazo. Dos bestias de distintas especies en un mismo cubil. El resentimiento y la impotencia se estrellaban, fermentando de aquel impacto un zumo amargo que desembocaba en el hastío. El amor, el odio, el desprecio, habían perdido su vigor, habían sido sólo simples períodos que sucumbieron ante ese vacío que se alzó entre aquellas ruinas.

"— Te dije que rezaras. Tu madre me lo había advertido:— Es un incrédulo. No pudimos sacar nada bueno de él. A ver si podés hacer algo vos". Nunca podré olvidar esas palabras. Por tu culpa Dios nos ha castigado matándonos al changuito. Por tu culpa! Por tu culpa!".

"— Cayate, desgraciada! Cayate querés! Cayate o te degüeyo!"

Los "por tu culpa" y los "cayate" se perdieron en el monte, apresados en el oquedal de las cuevas salvajes, estremeciendo a lampalaguas y comadrejas, resbalando por entre los troncos hasta quedar aferrados a las lianas enmudecidas. Pero el "te degüeyo" -transformado en sangre- pataleó en el corazón de Almada, hizo trizas el cerebro de Almada, corrió por las venas de Almada, y no pudo salir de él hasta ir quedando diluido por un llanto, por unos gimoteos extraños. Teófilo, recobrando el presente, vencedor circunstancial del pasado que se agitaba en su memoria, fue sacudido por el choque de esos dos momentos temporales.

El caballo elevó las dos manos al cielo, nervioso, espantado, quebrando el cenit con su relincho. Y allí, a unos pocos pasos de la senda, un pequeño bulto ayeando ahora intermitente, dejó perplejo al paisano que luchaba por aquietar a su zaino.

Al animal le temblaban los brazuelos y sacudía con violencia la cerviz. Almada bajó de su cabalgadura y se aproximó. Una invasión de abrojos pareció penetrarle las entrañas. Lo que se hallaba ante su vista, envuelto como un paquete descuidado, era una criatura de apenas dos meses. Empujando con los dedos su sombrero hacia la nuca, se rascó interrogativamente la cabeza. Un lechuzón de pozo que abarcó un metro largo en su batir de alas, le rozó la frente. Y al levantar en un instintivo esquivo su mirada, pudo notar que el cielo ya estaba surcado por la vía láctea, aligerándose la noche. Recogió entre vacilaciones el cuerpecito blando, y al acercarse al caballo, notó que guardamonte, estribos y recado, vibraban estremecidos por un pánico nuevo nacido de un brutal acoplamiento de presagios. Pudo tranquilizar un poco a su compañero hablándole bajito, mientras que éste orejeaba alerta, sensible. Volvió a mirar al pequeño, extrañándose más y más de ese descuido de los padres. Pensó que debía ser el hijito de los Cardozo, surgido a la vida pocos días antes, tal vez dos meses a lo sumo. Lo del Chacho Cardozo -que vivía con su querida, madre de cuatro chicos y una niña- quedaba a un kilómetro del lugar, así que pensó llegarse hasta allí.

El hombre, en un revivir de paternidad frustrada, acarició la cabecita blanda, tibia, pequeña. El nunca pudo deslizar sus manos con ternura sobre el hijo, sobre el hijo tan anhelado que se había perdido para siempre desde la fecha trágica. Toda su oscura animalidad se iluminaba ante la tibieza de aquel cuerpo que iba a predecir una expiación. Por un momento sintió renacer muy dentro suyo la lumbrera de la bondad, de la delicadeza, que parecía yacer apagada desde años.

Le iba contando al zaino su desventura, y le comentaba la negligencia de los Cardozo. Y le decía -entre remedos de carcajadas e hipos nerviosos- : "Qué lindo si el chango fuese mío! Si no soy tan jodido como dicen. Lo que pasa es que no tengo miedo como ellos, que le rezan a las estampas y le tiemblan a las apariciones. Y esa maldita que no puede tener más hijos, no hace más que echarme la culpa a mí, jué perra!"- Mientras monologaba crecía en él ese furor constante que le había alimentado durante toda su existencia. La ternura fugaz daba lugar paso a paso a la ira. Sin darse cuenta apretaba cada vez más el cuerpecito frágil en-

tre su potente brazo derecho y el macizo pectoral. El arroyo, desde donde se bifurcan los caminos, les veía -hombre y bestia- alejarse lentamente luego de haber chapoteado en su angosto lecho. Desde allí parecían -bestia y hombre con su carga- una figura rodeada de un halo de espectros. Inconscientemente, Teófilo Almada apretaba todavía más a la criaturita contra su cuerpo viril, robusto, granítico. E iba sintiendo que su antebrazo se alejaba con lentitud de su pecho. Notaba que algo crecía debajo de su mano. Sentía que unos tremendos latidos le golpeaban el corazón, pero de afuera hacia adentro. De repente, sobre sus dedos se deslizó una mata de musgo muy húmedo. Teófilo Almada tenía los ojos fijos, duros, como incrustados en una nada espesa que se iba concretando ante las pupilas sonámbulas. No quería ver nada. Oír nada. Palpar nada. Saber nada. Nada! Pero el terror aumentaba en la misma medida que crecía el volumen de aquel ser recogido en el camino, y a quien ahora escasamente podía soportar sobre su seno. Un pánico febril, inexpresable, le mordía, le empujaba. Y sus ojos -volviendo para enfrentarse con la realidad- se estrellan contra unas mechas atroces que cubren la cabeza de un monstruo adiposo, que baboseando, con la boca abierta como un idiotizado, muestra sus dientes feroces como cuñas de cartón, su nariz sifilítica de luna menguante, y una mirada horrible que arroja la síntesis tremenda de la debilidad, del odio y de la impotencia. Una mezcla de respiración y gruñido deja mudo a Teófilo, y el flete como adivinando el pavor de su dueño, emprende una carrera desenfrenada a la vez que es arrojado a tierra el cuerpo informe del fenómeno.

La velocidad transforma el aire en fuerte brisa. Los árboles son una sola mancha oscura a los costados del sendero. Desaparecen los matices de la noche, que se ha plantado en el camino. Las ramas abren finos surcos de púrpura en el rostro alucinado. Y se oye como la prolongación de la fuga de un sonido que persigue, cada vez más cercano. Teófilo Almada quiere pero no puede girar la cabeza. Y los pasos se aproximan. Un estallido de cascotes parece cristalizarse contra el arroyo, y el agua salpica, refresca, renace la cara del hombre, descompuerta, desteñida.

Teófilo Almada gira al fin automáticamente su cabeza. Y ve, de-

tenido del otro lado del arroyo, al monstruo que a la distancia se va confundiendo con las formas de un niño que le insulta, le amenaza, le grita: "-Soy yo! Soy yo! Y me verás aparecer noche tras noche en tus andanzas, entre tus copas, cada vez más siniestro, hora dándote, horadándote, Soy yoooo!..." Y la voz se alarga en las lambradas, como el viento y las alas de los pájaros.

Los signos -perros agoreros- ladran erizados y rampantes. La respiración de los seres y las cosas se atropella entre rumores. El caballo en frenética carrera, como un paralelogramo de caucho, asatea el campo solidificando el paisaje lateral.

El alba comienza a manchar la tierra. Trepá por los árboles. El azul nocturno se diluye. La carrera ya es galope. Ya trote. Ya paso

Téofilo Almada camina hacia su casa con el corazón sangrante como por la cortadura de un vidrio sucio. Con la faz desencajada. Con la lengua de charqui, el paladar de arena. Atraviesa las calles en medio de la perplejidad de los madrugadores, que detienen su impulso laborioso ante la contemplación de ese ser, cuya superficie denuncia la quebradura definitiva del alma.

La puerta, abierta a medias, señala la entrada del infeliz, inerte. Detrás suyo, el sol empuja apresurado un haz luminoso que entibia las tinieblas del recinto, donde una imagen de Cristo, estacada contra la pared de adobe, sonríe y se apiada demasiado humanamente

La mujer, como una sombra, como una ligera corriente de aire, como un velo amarillo casi imperceptible, parece describir una parábola alrededor del hombre, pero él cruza las habitaciones sin verla, vencido.

TOMAS BARNA

FRANCISCA

Era preciso caminar de nuevo delante de aquella puerta solemne. Detener la mano sobre la aldaba. Escuchar la voz de esa mujer que vendría como cada tarde a abrir la puerta. Tocar los viejos sillones de cuero resquebrajado. Desear no sentarse en sus almohadones deformados. Poco importaba todo eso. Nada era tan importante como ver a Francisca. Sabía que ella aparecería por la puerta pequeña del escritorio. Saldría como siempre. Con su cara ancha y despintada. Con su vestido gris. Pero tampoco eso importaba. Necesitaba verla. Oler el viejo perfume de su ropa. Tocar su pelo grasoso hasta sentir las manos pegajosas. Por eso era necesario caminar por esas veredas. Anduvo por las mismas calles. Llegó a pensar que ya no sabía hacerse el nudo de los zapatos: en una cuadra tuvo que agacharse tres veces para rehacerlo.

Qué le diría hoy? Cada tarde iba por algo distinto. Sólo debía verla. Nada más. Claro! Hoy podría ir a contarle el sueño que tuvo la noche anterior. Sí. Pero él nunca recordaba lo que soñaba durante la noche. Eso qué importaba. Era tan fácil inventar un sueño: que él volaba. Que se elevaba por el aire sobre enormes plantas puntiagudas. Llevaba un gorro azul y era rubio. Sí, era un sueño que él hubiera podido tener. Francisca lo escucharía con las manos inmóviles. Sin preguntar nada. Entonces podría mirarla. Después se acercaría a ella y le tocaría la frente como siempre lo hacía. Francisca lo dejaría hacer. Estarían toda la tarde junto a las viejas cortinas azules. Ella le mostraría sus poemas. Los poemas de Francisca, extraños, inconclusos. Como la misma voz de ella, como bargos indefinidos. El le diría los suyos. Luego se despediría de ella. Tocaría los muebles al pasar y saldría por la puerta solemne. Qué lástima, había dejado de llover. No les gustaba mirar las calles secas. Ambos precisaban la lluvia. La gente bajo el sol

era insoportable. Pero quizá cuando llegase a la casa de Francisca lloviera nuevamente. Los paraguas nunca deberían estar cerrados. Un paraguas solamente es paraguas cuando está abierto. Porqué no se habría afeitado? A ella le gustaba la piel suave. Se lo dijo una tarde: me gusta la piel suave en los hombres y las cortezas ásperas en los árboles. Qué más le había dicho Francisca? Le había contado que cuando era niña su juguete predilecto era un elefante de madera con trompa de mosquito. También le dijo que le gustaría comprarse una valija grande. No, esos dos hombre que iban delante de él no podrían comprender a Francisca. Tampoco esa chiquilla de pollera corta comprendería a Francisca. Nadie podría comprenderla.

Ella nunca le habló con ternura. Sólo una vez le acarició el rostro. Pero no el rostro externo. A ella no le gustaba su piel oscura. No le gustaba su nariz chata. Ni su pelo duro. Pero todo eso no era importante. Lo único importante era verla.

Una tarde salieron juntos. Fueron a un museo. Caminaron mudos entre formas de yeso. Ella iba adelante sin mirar nada. Sólo se acercó a tocar las paredes verdosas de la sala y al bajar las anchas escaleras de mármol lo tomó de la mano y rió fríamente. Nunca más salieron juntos. A Francisca le gustaba estar en el viejo escritorio, junto a las cortinas azules. Nadie tenía derecho a llevarla bajo los árboles. El le había contado que muchas veces se había acostado sobre la tierra húmeda. Que la había sentido moverse debajo suyo. Ella no dijo nada. Es decir, dijo algo: le preguntó si había pasto en la tierra. Para ella sólo existía el vegetal. Los ojos...de qué color tenía los ojos Francisca? Verdes? Azules? No. Marrones. Qué importaba...si toda Francisca residía en su voz. No, en sus manos. O quizá en su pelo. Posiblemente en sus cejas.

Las telarañas de la casa de Francisca no se sentirían muy a gusto en su cuarto recién pintado. Enseguida abrirían todos esos negocios. Pero él no tenía dinero. No podría comprar nada. Un día había comprado un cuaderno grande, como los que tenía cuando iba a la escuela primaria. No lo necesitaba, pero era amable sentirlo entre las manos. También le hubiera gustado comprar una goma de borrar. Qué bien olían las gomas de borrar y las hojas de los libros nuevos.

Mañana iría a verlo a Gabriel. Cuánto tiempo hacía que no veía a Gabriel. Fué compañero de él en el colegio. Hacía tres meses que no lo veía. Desde que conoció a Francisca. Faltaban pocas cuadras para llegar. Iría primero hasta la esquina. Pasaría delante de la puerta. Después volvería sobre sus pasos. Golpearía. Esta tarde Francisca ha estado muy extraña. No me ha hablado casi. En cuanto entró al escritorio le conté el sueño. Me miró sin decir nada. Sólo alzó varias veces las manos hasta cerca de la cabeza como si fuera a alisarse el pelo. Pero las bajó sin hacerlo. No habló como otras tardes. Las cortinas azules no estaban en los ventanales. Las habrán bajado para lavarlas. O las cambiarán por otras. Tal vez marrones. Francisca no me leyó sus poemas. Solamente me dijo que estaba muy cansada. Tampoco tenía el vestido gris. No recuerdo como estaba vestida. Pero algo noté distinto en ella que no provenía del vestido. Sí, sí, era el pelo. Lo tenía muy claro y brillante. No se lo toqué, pero no estaba grasoso. La voz era la misma. Y qué importa todo eso...la he visto. Ese es lo importante. Mañana, antes de ir a ver a Francisca, pasaré por lo de Gabriel. Se pondrá contento. Me quedará con él un largo rato. Le contaré todo.

"-Cómo te va Marcelo? Hace tiempo que no nos vemos." "-Es que...sabes, Gabriel..." "-No, no me digas nada..." "-No, no voy a disculparme por todo este tiempo en que no has tenido noticias mías. Tengo algo que cobtarte." "-Qué, Marcelo? Me supongo que no me contarás otra vez que soñaste con una mujer llamada Francisca. Que fuiste a la casa a visitarla. Verdad?" "-No, Gabriel. Soñé que volaba sobre unas plantas puntiagudas y que tenía puesto un gorro azul.

DAISY NOCETI

PINTURA ACTUAL Y

NORBERTO CRESTA: ESPACIO Y VIDA

Actualmente resulta para el crítico un problema situar al artista en un plano determinado e imperante hace pocos años, antes de la revolución liberadora que han experimentado las ciencias y las artes en general.

Podemos asentar que un artista pertenece a la tendencia abstracta o a la no figurativa, pero dentro de esta generalización es más o menos arbitrario otra denominación específica. Creo que al decir arte actual llenamos un vacío e integramos la formidable corriente que estamos viviendo. Y vivimos en crisis continua, sin que nada sea estable en el sentido de una programación. El arte actual perfecciona su contenido a la par que da a la materia un valor nuevo: sustanciación. Cada artista desearía para cada obra una materia inédita, aunque termine por circunscribirse a lo meramente tradicional en la técnica de base, de la pintura en este caso.

La dirección predominante por una necesidad histórica de la pintura es lo abstracto. Otro acontecer plástico no puede satisfacer esta nueva metafísica que el hombre de Occidente construye tanto en arte como en filosofía, ciencia, poesía. A pesar de que este problema ontológico data quizá desde que el hombre reflexionó sobre sí mismo, continuamos en una incesante búsqueda. Lo interesante en la pintura abstracta es que ahora ya estamos en condiciones de comprobar el sustento del arte actual y esta fuerza intelectual e intuitiva del hombre fué dada en esta oportunidad mucho antes que la misma ciencia. Ahora comenzamos a hablar de filosofía antropológica por ejemplo, nueva dirección

científica que toma el conglomerado de la evolución de las filosofías para construir un sistema íntegro del hombre, o de la medicina psicosomática dando también una visión íntegra del hombre enfermo. De la época de crisis estamos ahora en la etapa de integración.

Y el arte abstracto contribuye maravillosamente, adelantándose guiando a nuestro pensamiento y conocimiento del hombre y las cosas, echando las poderosas bases intuitivas de esa integración. El existencialismo, el surrealismo y otras tendencias dispersas se reunirán en un todo. El artista actual es un formidable revisionista histórico escudriñando el presente -suma de pasados- con un ojo y con el otro dirigido a un futuro próximo. El crítico por lo tanto no puede improvisarse en la actualidad. Además de una estricta formación científica necesitará de la ingenuidad intuitiva y esta fase humana no se da sino que es innata. Lógicamente que esta tendencia tendrá su signo y posiblemente se complete con el concepto 'antropológico'. Lo curioso es que en cierta medida se hace necesario un retorno conceptual en lo que respecta a las formas de aprehensión de nuestro mundo. Necesitamos actualmente de la intención del viejo artista, sumergido en todas las ramas del saber de su tiempo. Y la tarea es enorme e involucra para el artista gran capacidad de trabajo y una formación programática de primer orden, pero la tarea no deja de ser tentadora puesto que el hombre, y particularmente el artista, vuelve al hombre, regresa a su propia morada después de un provechoso recorrido por desconocidas regiones estéticas y hasta sociales.

Intercambio sobre estos problemas contemporáneos mantuvimos Norberto Cresta y yo en su puesto de trabajo. Cresta es esencialmente pintor. Su mediana estatura da la impresión de ser ágil línea de dibujo vertical, sus ojos poseen el brillo especial del creador que termina una obra, y todo el mundo interior vivido en pocos instantes se refleja en esa mirada de fiebre que viene a ser sinónimo de movimiento reflexivo.

He encontrado muchas veces a Cresta, en su casa, por la calle en su taller, y siempre he percibido esa mirada de quien incesantemente tiene una sucesión de problemas urgentes por resolver. Lo difícil en él es la sonrisa y jamás llega a ser plena

con esa aureola de infantil enajenamiento. Su movimiento es sutil, como si le acompañara un canon egocéntrico. Hablamos de sus ideas, de su pintura, de las relaciones entre arquitectura y pintura y el posible porvenir de esta última. Mi primera pregunta sobre su ideología plástica llegó precedida de una encuesta realizada en Francia entre los primeros pintores de aquel país:

—"Podrías dar una definición de tu pintura?"

—"Creo que se puede dar y claramente. Con decir Espacio y Vida queda sintetizada toda una idea acerca de mis creaciones."

Sin intervenir yo en esta crónica por ahora, optando por encerrarme entre paréntesis, dejo que sus palabras lleguen directamente -respuestas a mis preguntas- a fin de que ellas den su visión del arte actual.

—"Se llega a la interpretación abstraccionista únicamente a través de la vida. En arte no se puede concebir lo que auténticamente no es sentido, vivido. Toda obra estará acompañada por cierta surrealidad. (Sin que por ello pensemos en Dalí, Miró, Planas) Uno de los grandes problemas que se me presenta y que quizá me insuma años en llegar a una solución, o quizá la relación con el tiempo sea ínfima, es el equilibrio entre lo intuitivo y lo racional. En el punto exacto de fusión de estas dos vivencias es donde encontraré la plenitud de mi interpretación del mundo y del hombre por intermedio de la plástica. Todo objeto precisa de un espacio para subsistir y en mi caso encuentro espacios para lo vital, aun buscando nuevas expresiones de lo espacial en sus funciones cosmosgónicas y orgánicas. Desde hace cuatro años trabajo en forma intensa para lograr el equilibrio mencionado y la fijación de espacio como complemento ineludible de lo vital. He experimentado la sumersión en textos filosóficos, químicos, físicos, científicos en general y hasta lo Yogui ha ocupado mi atención aunque siempre he conservado lo puramente plástico para mis obras. Es desvirtuar el concepto de ello al pretender cualquier intento de literatura en pintura. He comprobado que lo auténtico a través de todas las épocas de la pintura lo constituye el arte egipcio, la base más pura de donde han surgido las creaciones de todos los tiempos. Siempre llego al libro después de la pin-

tura. (El artista quiere decir que no basa su pintura en sugerencias teóricas sino que, a la inversa, busca en los textos una comprobación de sus creaciones en el pensamiento del universo humano. Similar a lo que ocurre en el ensayista -por ejemplo para refirmar un hecho experimentado por sí mismo encuentra en la bibliografía no una guía especulativa sino una integración de su pensamiento). A pesar de los diversos grupos de vanguardia que existen, todos en conjunto poseen denominadores comunes, todos se dirigen a una meta utilizando caminos paralelos. Pienso que lo vital debe estar siempre presente en cualquier obra de arte. A pesar de que por ejemplo para Mondrian el ángulo recto se erige en rector plástico, pienso que en mi pintura la línea recta cumple una función también espacial, una ubicación orgánica para el movimiento, para lo vital y no es entonces el ángulo recto una exclusividad plástica sino la simple mecánica del espacio. (Podemos sostener que el ángulo recto no existe en lo vital genético, sino que más bien la esfera y curvas derivadas de ella constituyen una verdadera característica de lo vital) La noción de Tiempo, otra incógnita de nuestra existencia, acompañará siempre a lo vital, incluyéndose en su manifestación. Tengo confianza en que el arte irá adelante, me siento optimista en este sentido. El mismo pueblo aprehende paulatinamente las nuevas formas artísticas y ya no es la gratuita sonrisa burlona acompañando sus ideas sino que compruebo preocupación por parte del público en penetrar en la idea del autor y en la expresión de su obra. Esto nos llena de satisfacción. Necesariamente comprendemos todos que lo figurativo no llena ya ninguna función profunda sino que se ha convertido en la actividad más superficial del arte plástico. Vuelve hoy la ciencia ha mostrarse para el artista plástico en toda su fuerza, como en Leonardo por ejemplo que geometrizar sus figuras empleando todos sus conocimientos arquitectónicos en cada expresión del dibujo y la forma. Creo que en muchas oportunidades en nuestra época el artista ha dado el espaldarazo a la ciencia y que necesita de ella como uno de los basamentos fundamentales unida a la intuición plástica y humana en general."

(a página 76)

EL REMOLINO

Este instante
 con una melodía que renace a mi derecha
 y en mi frente
 el afecto de una lámpara y el humo

Sólo te basta la extensión de tu mano
 para asir el color y lo que hiere
 mas la lucha es tan antigua
 que esta necesidad tuya

 y tu deseo
 sirven a lo intocable del proceso
 tan lejano y cercano
 tan uno y valedero
 tan espejo tan múltiple!
 que el remolino en lo que está se forja
 y en su vértice te justificas.

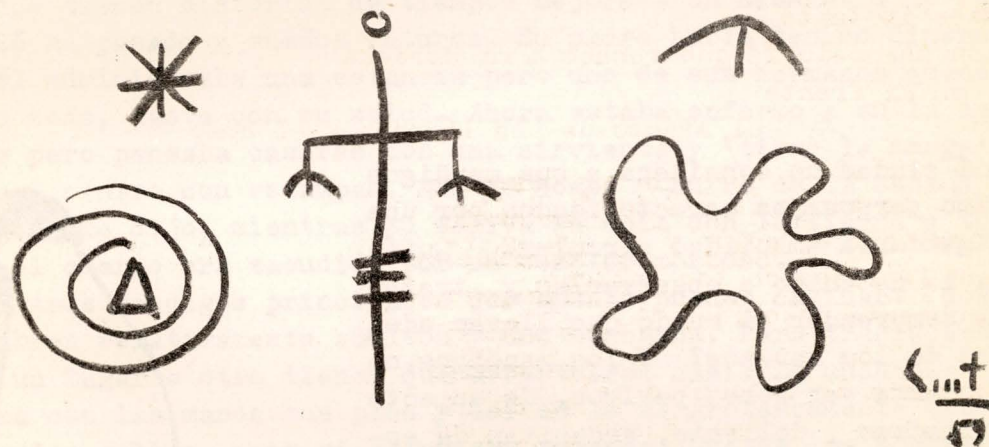
EL TEMBLOR

Aquel temblor mediato
 un instante desciende y se diluye
 y es vana la búsqueda
 pues una realidad concreta
 emergió dedos
 que a nuestra semejanza de libertad tocaron

Los dos
 en el mundo
 danzamos junto a la penumbra

Una música
 una danza

una moldeada constancia pictórica
 es lo que debemos ubicar
 en donde la mirada llega y pasa.



LA MANO

Mira la mano
 la uña
 la onda que gira en tí hacia el color

Sé por ella de las palmas tibias
 del alba entre la luz

Tú y yo
 valoramos la distancia
 Tu río con mi mano forja el mar.

josé t. marano

UNA VIEJA CLASE

Qué ciudad no considera a sus mendigos como personajes caracterizados por una legendaria ambulidad circular? Quién se ha detenido a observarles y tratar de comprender el mundo que llevan adentro de los harapos? Y los mendigos, no obstante ser seres pasivos, de aspecto bondadoso y doliente, necesitan de estudio con que nos acercamos al hombre en busca de verdades.

Córdoba los posee y en cantidad. Tenemos al más simpático en ese viejo ciego que ha inventado un extraño instrumento: guitarmónica podría denominarse a la combinación que ha realizado con una guitarra y una armónica. Se sienta en cualquier vereda del radio céntrico y transcurren las horas mientras interpreta apagadamente sus canciones. Un niño u otra vieja tienden el clásico platito a los que pasan. Pero quién es aquí mendigo? Cuál de los dos viejos? Detrás de todo ello se oculta una interesante historia.

Y el más antipático es el viejo que camina pausado e incansable, toca el timbre de las casas y uno se encuentra ante su mirada fija, su voz bestial y una mano tendida como raíces; los niños huyen ante sus largas barbas; toma lo que le dan y se aleja sin molestar al silencio cavernario que forma su presencia.

Hay un mendigo infalible, ciego y de regular edad. Su puesto



SAZ

es a la entrada del Hospital Córdoba; estira un brazo cuando durante los días de visita oye que alguien se acerca y exclama en tono elevado y con una inflexión más o menos desgarrante: "Dios lo va a ayudar...!" Y la gente no pasa sin dejar monedas para no llevar en la mente sus palabras.

Todos tienen historias de tiempos mejores. Un miserable me relató su pasado y sueños futuros. Su padre había tenido dinero y él administraba una estancia pero uno de sus hermanos quedó con todo, hasta con su salud. Ahora estaba enfermo y en la calle pero pensaba casarse con una sirvienta y 'tirar la manga' en el centro con estampas. Así se come. "-Sufro de la sensualidad" me dijo, mientras su saliva se unía con la tierra y todo el cuerpo era sacudido por un temblor morbosos.

Hay tres mendigos principales que apenas pueden caminar: dos hombres relativamente adultos y una muchacha. Para trasladarse de un lugar a otro tienen que arrastrarse casi. La muchacha toma con las manos sus pies y así se le ve grotescamente cruzar las calles, como si estuviera jugando. Uno de los hombres tiene siempre los pies desnudos y diabólicamente cruzados. El otro posee rostro de actor fracasado y lleno de arrugas, como el Fontán del escritor francés. Camina gateando y le sobra agilidad para trepar a un tranvía en marcha. Es un mendigo serio.

El más "bien" de la ciudad es un hombre joven que realiza su faena en ómnibus y tranvías. Reparte a los pasajeros estampas religiosas y llegado a la plataforma delantera gana la atención general con su perfecta voz de locutor: "-Señores pasajeros...Lo que les he entregado no tiene precio alguno. Es una contribución voluntaria porque me encuentro imposibilitado para todo trabajo. Todos serán igualmente agradecidos". Dicho lo cual pasa por los asientos recogiendo dinero o estampas de vueltas, con sus manos como un manojo de alambres de puás. Se sospecha de él, vistiendo con máxima corrección y nadie podemos adivinar en esa persona pulcra a un simple mendigo.

La gorda ciega de casa Tia "-Una monedita por el amor de Dios" y la otra del Pasaje General Paz entonan su pregón de miseria. Siempre hay gente con ojos vencidos frente a las iglesias colocando estampas a las miradas, siempre hay viejitos que tie-

nes de este siglo. Pero ahora con todo lo hecho por futuristas, imaginistas, dadaístas, surrealistas...no creemos que sea ninguna novedad.

Corresponde al poeta de este tiempo una depuración de los elementos con los cuales la conciencia capta el mundo externo y capta las conexiones entre ese mundo externo y ella.

Hay una sutil diferencia en la conceptualización de barroco: en el sentido clásico es el recargamiento del poema de valores puramente estéticos y decorativos, y en la conceptualización que yo le doy es una explicitación de la interioridad del poeta consustanciada con una realidad dada caóticamente.

La metaforización excesiva en Gorbea conduce su poesía al barroco en el sentido clásico. En "Para detener los suspiros" encontramos este juego en el final de dicho poema: "la gris costumbre de ser gris" Juego tomado por Darío a la vieja poesía que creíamos ya superado.

En resumen, Gorbea aprendió mal la lección del descriptivo poeta cristiano Eliot o sea la revitalización de las viejas escuelas poéticas, lección que, fundamentalmente y en sus alcances, no aporta búsquedas al quehacer poético, siendo elemento para los finales predomios de la reacción.

JOSE T/ MARANO

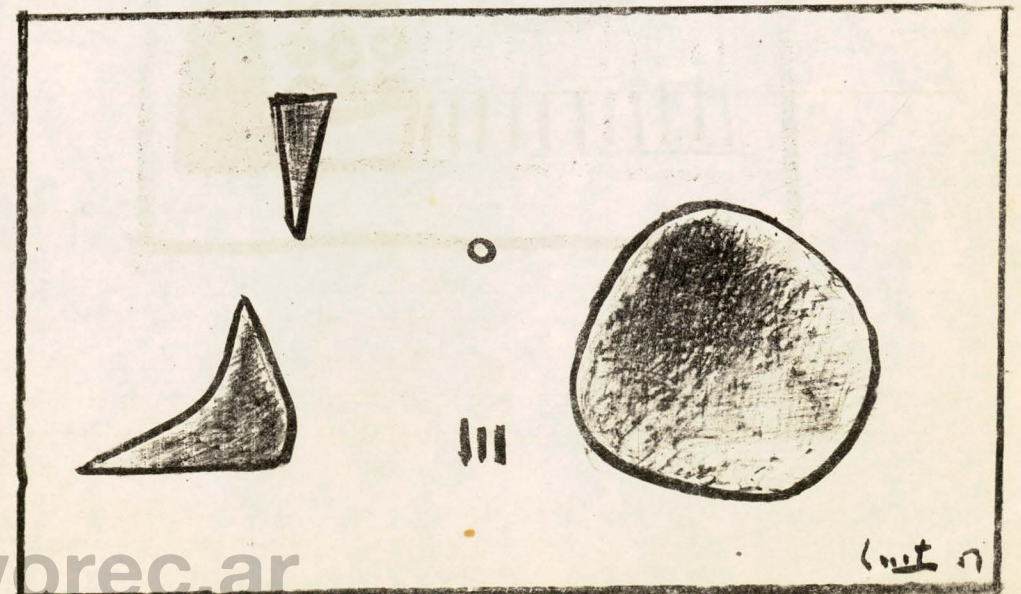
(de página 69).... Así me alejé de Norberto Cresta, de sus colores alineados en pomos y de sus pinceles limpios, del rojo anaranjado expectante sobre un vidrio, de su amplio taller, de sus cerámicas, de sus obras al óleo con colores brillantes, algunas llenas de movimiento, otras con una figura moviéndose en un espacio como si hubiera sido preparado para esa forma, y de todo ello me alejé con deseos de especular sobre los conceptos de espacio y vida, elementos universales que han tomado en Norberto Cresta una dirección fundamental y de estabilidad para su porvenir dentro de la pintura.

EDGAR A. ETKIN

TRAYECTORIA DE NORBERTO CRESTA

Nació en Díaz -Santa Fé- en 1929. Cursó estudios en la Escuela Provincial de Bellas Artes de Córdoba, Expone desde 1953 en los Salones Oficiales de Santa Fé, Entre Ríos, Rosario, Tucumán, Córdoba y Buenos Aires, obteniendo en los mismos importantes recompensas. Formó parte del Grupo de los "6 pintores de Córdoba", habiendo participado en las exposiciones de dicho Grupo en Córdoba, Río IV, Bell Ville y La Rioja. Realizó muestras individuales en 1955 -Sociedad Central de Arquitectos- y 1958 -Galería Paideia-. Dictó cursos sobre Arte Moderno en el Primer Instituto de Bellas Artes, y desempeñó el cargo de Profesor de Dibujo y Pintura en la Escuela de Bellas Artes y Artesanía de Córdoba.

Obras suyas figuran en el Museo de Villa María, Córdoba, colecciones particulares del país, como así también de Chile y Canadá. Pintor y Ceramista.



Cont n



R00959137

